



LARA ADRIAN  
REBELIÓN  
A MEDIANOCHE



# Rebelión a medianoche



# Rebelión a medianoche

Lara Adrian

Traducción de Denise Despeyroux



TERCIOPELO

Título original: *Midnight Rising*  
Copyright © 2009 by Lara Adrian

Primera edición: marzo de 2010

© de la traducción: Denise Despeyroux  
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.  
08003 Barcelona  
correo@terciopelo.net  
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92617-39-5  
Depósito legal: M. 2.236-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Con mi humilde gratitud y mi  
más profundo respeto a todos  
los veteranos de la guerra.

## Capítulo uno

La mujer parecía completamente fuera de lugar, con su blusa blanca inmaculada y pantalones de sastre color marfil. La melena larga y de color café oscuro le caía en cascada sobre los hombros en pobladas ondas y la espesa bruma del aire del bosque no le había despeinado un solo cabello. Sus elegantes tacones altos no le habían impedido subir por el camino arbolado que hacía que los otros excursionistas la siguieran malhumorados quejándose del húmedo calor de julio.

Al llegar a la cima de la pendiente, ella se detuvo a esperarlos a la sombra de una voluminosa formación rocosa cubierta de musgo, imperturbable mientras media docena de turistas pasaban junto a ella, algunos tomando fotografías. No repararon en ella. Por otro lado, la mayoría de gente no era capaz de ver a una mujer muerta.

Dylan Alexander tampoco quería verla. No había vuelto a ver una mujer muerta desde que tenía doce años. Encontrar una ahora, veinte años más tarde y en medio de la República Checa resultaba desde luego un poco sorprendente. Trató de ignorar la aparición, pero mientras Dylan y sus tres compañeros de viaje subían por el camino, la mujer de ojos oscuros la había encontrado y no se le despegaba.

*Tú me ves.*

Dylan fingió no oír el electrizante susurro que salía de los labios del fantasma, de aquellos labios que no se movían. No quería reconocer la conexión. Llevaba tanto tiempo sin tener uno de esos misteriosos encuentros que había olvidado del todo cómo eran.

Dylan nunca había comprendido su extraña habilidad de ver a los muertos. Nunca había sido capaz de confiar en ella o

de controlarla. Podía hallarse en medio de un cementerio y no ver nada, y en cambio ahora, de repente, se encontraba relacionándose de forma íntima y personal con un difunto en medio de la montaña, a una hora de Praga.

Los fantasmas eran siempre femeninos. Generalmente de aspecto juvenil y brillante, como ése que ahora la miraba fijamente con una inconfundible expresión de desesperación en sus ojos exóticos de un marrón intenso.

*Debes escucharme.*

La afirmación sonó con un marcado acento hispano, y el tono era de súplica.

—Hey, Dylan. Ven aquí y déjame sacarte una foto junto a esta roca.

El sonido de una voz verdadera y terrenal sobresaltó a Dylan y le hizo desviar su atención de la hermosa difunta que se hallaba de pie junto a un desgastado arco de arenisca. Janet, una amiga de la madre de Dylan, Sharon, rebuscó en su mochila y sacó una cámara de fotos. El viaje de verano por Europa había sido idea de Sharon; podría haber sido su mayor aventura, pero el cáncer retornó en marzo y la última sesión de quimioterapia la había dejado demasiado débil para viajar. Últimamente, Sharon había estado entrando y saliendo del hospital con neumonía, y finalmente, ante su insistencia, Dylan había aceptado hacer el viaje en su lugar.

—Ya la tengo —dijo Jane, disparando una foto de Dylan y la altísima columna de rocas que se cernía sobre el frondoso valle—. Seguro que a tu madre le encantaría este lugar, cariño. ¿No te parece impresionante?

Dylan asintió.

—Le enviaremos las fotos por correo electrónico esta noche cuando regresemos al hotel.

Condujo a su grupo lejos de la roca, ansiosa por dejar atrás aquella presencia sobrenatural y susurrante. Caminaron hacia abajo por una pendiente a través de una hilera de delgados troncos de pino que crecían muy juntos. Las hojas rojizas y los nidos de coníferas crujían en el sendero húmedo bajo sus pies. Había llovido aquella mañana, y esa lluvia, añadida a un calor sofocante, había provocado que disminuyera considerablemente el número de turistas en la zona.

El bosque estaba callado y tranquilo... excepto por esos ojos fantasmales que seguían persiguiendo a Dylan mientras se adentraba en la espesura.

—Me alegro tanto de que tu jefe te haya dejado tiempo para venir con nosotras —dijo una de las mujeres que la seguía a través del sendero—. Sé lo mucho que trabajas en ese periódico, inventando todas esas historias...

—No se las inventa, Marie —la corrigió suavemente Janet—. Tiene que haber algo de verdad en los artículos de Dylan, o de lo contrario no los publicarían. ¿No es así, cariño? Dylan se burló.

—Bueno, teniendo en cuenta que nuestra cubierta normalmente habla como mínimo de alguna abducción alienígena o posesiones demoníacas no solemos permitir que cuestiones relacionadas con la verdad interfieran en una buena historia. Publicamos artículos de entretenimiento, y no periodismo veraz.

—Tu madre dice que un día te convertirás en una reportera famosa —dijo Marie—. Una candidata al Woodward o al Bernstein, eso es lo que dice.

—Tiene razón —señaló Janet—. Me mostró un artículo que escribiste en tu primer trabajo en un periódico fuera de la escuela... tenía que cubrir un desagradable caso de asesinato. ¿Lo recuerdas, cariño?

—Sí —respondió Dylan, conduciéndolas hacia otra enorme agrupación de rocas de arenisca que se alzaba por encima de los árboles—. Lo recuerdo, pero eso fue hace mucho tiempo.

—Bueno, no importa lo que hagas, yo sé que tu madre está muy orgullosa de ti —dijo Marie—. Le das muchas alegrías.

Dylan asintió, esforzándose por sacar la voz.

—Gracias.

Janet y Marie trabajaban con su madre en un centro de acogida de Brooklyn. Nancy, la otra componente del grupo de viaje, era la mejor amiga de Sharon desde la época de la escuela superior. Las tres mujeres se habían convertido en una extensión de la familia para Dylan durante los últimos meses. Tres pares de brazos dispuestos a consolarla, e iba a necesitar mucho consuelo si finalmente perdía a su madre.

En el fondo de su corazón Dylan sabía que en realidad eso era sólo cuestión de tiempo. Durante años habían estado las

dos solas. Su padre había estado ausente desde que ella era una niña, y no es que hubiera ejercido mucho de padre cuando estaba presente. Sus dos hermanos mayores también se habían ido, uno de ellos había muerto en un accidente de coche y el otro había roto todos los lazos con la familia al unirse al servicio militar hacía unos años. Dylan y su madre habían tenido que arreglárselas por sí solas y eso habían hecho. Cada una ayudaba a levantarse a la otra cuando caía, y celebraban los más pequeños triunfos.

Dylan no podía soportar pensar lo vacía que le resultaría la vida sin su madre.

Nancy se acercó y dedicó a Dylan una cálida, aunque triste, sonrisa.

—Para Sharon significaba mucho que tuvieras la experiencia de este viaje. Lo estás viviendo por ella, ¿lo sabes?

—Lo sé. No me lo hubiera perdido por nada.

Dylan no les había contado a sus compañeras de viaje ni a su madre que haberse tomado esas dos semanas probablemente le costaría su empleo. A una parte de ella en realidad no le importaba. En cualquier caso odiaba rebajarse y trabajar para la prensa sensacionalista. Había intentado venderle a su jefe la idea de que regresaría de Europa con algún material decente... tal vez la historia de algún yeti de Bohemia o una experiencia con Drácula fuera de Rumanía.

Pero vender un bulo así a un tipo que trafica con mentiras como modo de vida no era tarea fácil. Su jefe había dejado muy claras sus expectativas: o Dylan regresaba de aquel viaje con algo grande o haría mejor en no regresar en absoluto.

—Hace mucho calor aquí —dijo Janet, quitándose la gorra de béisbol para dejar al descubierto sus pequeños rizos plateados y pasarse la mano por la frente—. ¿Soy la única debilucha del grupo o hay alguien más que quiera descansar un poco?

—Yo también me tomaría un respiro —se mostró de acuerdo Nancy.

Se quitó la mochila y la dejó en el suelo bajo un alto pino. Marie se unió a ellas, abandonando el camino y tomando un buen trago de su botella de agua.

Dylan no estaba ni remotamente cansada. Quería continuar moviéndose. Aún les quedaban por delante los ascensos y

las formaciones rocosas más impresionantes. Sólo habían reservado un día para aquella parte del viaje y Dylan quería aprovecharlo al máximo.

Y además estaba aquella bella mujer muerta un poco más adelante en el sendero. Miraba fijamente a Dylan, con su energía adoptando una forma visible y luego desapareciendo.

*Mírame.*

Dylan apartó la mirada. Janet, Marie y Nancy estaban sentadas en el suelo, mordisqueando barritas de proteínas y cereales.

—¿Quieres un poco? —le preguntó Janet, agitando una bolsa de plástico con frutos secos, nueces y semillas.

Dylan negó con la cabeza.

—Estoy demasiado inquieta como para descansar o comer ahora. Si no os importa creo que iré a dar una vuelta por mi cuenta mientras os quedáis aquí. Volveré enseguida.

—Claro, cariño. Al fin y al cabo tus piernas son más jóvenes que las nuestras. Pero ten cuidado.

—Lo tendré. Volveré pronto.

Dylan evitó el lugar donde parpadeaba la imagen de la muerta. Abandonó el sendero señalado y se adentró por la espesura de la ladera. Caminó durante unos minutos, sencillamente disfrutando de la tranquilidad del lugar. Había una cualidad misteriosa y salvaje en las cumbres sobresalientes de arenisca y basalto. Dylan se detuvo a tomar fotos, con el deseo de capturar algo de aquella belleza y poder mostrársela a su madre.

*Escúchame.*

Al principio Dylan no vio a la mujer, únicamente oía el sonido metálico de su voz espectral. Pero de repente un brillo blanco llamó su atención. Se hallaba más arriba en la pendiente, de pie sobre una cadena de rocas, subida en uno de los peñascos.

*Sígueme.*

—Mala idea —murmuró Dylan, echando un vistazo a la peliaguda pendiente. Era muy pronunciada y el terreno no estaba desde luego en las mejores condiciones. Y a pesar de que la vista desde allí arriba probablemente sería espectacular sin duda no era su deseo unirse a su nueva amiga fantasma en el Más Allá.

*Por favor... ayúdalo.*

¿Ayudarlo a él?

—¿Ayudar a quién? —preguntó, consciente de que el espíritu no podía oírla.

Nunca podían. La comunicación con los difuntos era siempre en una sola dirección. Simplemente aparecían cuando querían y decían lo que se les antojaba, si es que hablaban. Luego, cuando les resultaba demasiado difícil seguir manteniendo su forma visible, sencillamente desaparecían.

*Ayúdalo.*

La mujer de blanco comenzó a volverse transparente encima de la ladera. Dylan trató de mantenerla a la vista poniendo su mano en forma de escudo sobre sus ojos para protegerlos de la luz brumosa que se colaba a través de los árboles. Con cierta aprensión, comenzó el difícil ascenso, usando los gruesos troncos de pinos y las ramas para ayudarse en aquel difícil terreno.

Cuando llegó a la cima donde estaba de pie la mujer fantasma, ésta había desaparecido. Dylan caminó con cuidado por el saliente de la roca y se dio cuenta de que era más ancho de lo que parecía desde abajo. La arenisca estaba desgastada y oscurecida por las inclemencias del tiempo, tan oscurecida que una hendidura vertical excavada en la roca le había pasado hasta el momento desapercibida.

Fue desde aquel estrecho espacio sin luz que Dylan oyó el fantasmal susurro de nuevo.

*Sálvalo.*

Miró a su alrededor y sólo vio rocas y tierra salvaje. Por allí no había nadie. Y ahora ni siquiera el rastro de la etérea figura que la había atraído para subir sola hasta allí.

Dylan volvió la cabeza para mirar la oscura grieta de la roca. Metió la mano en el hueco y sintió que un aire frío y húmedo le resbalaba por la piel.

En el interior de aquella profunda grieta negra todo estaba inmóvil y silencioso.

Tan silencioso como una tumba.

Si Dylan fuera de aquellas personas que creen en los espe-luznantes monstruos de las leyendas populares podría haber imaginado que uno de ellos vivía en aquel lugar. Pero ella no creía en los monstruos, nunca lo había hecho. Al margen de ver

ocasionalmente personas muertas, que nunca le provocaban ningún daño, Dylan era tan práctica como podía, e incluso cínica.

Era la reportera que había en su interior lo que le hacía sentir curiosidad por saber qué era lo que se ocultaba realmente en el interior de esa roca. Suponiendo que pudiera dar credibilidad a la palabra de una mujer muerta, ¿quién allí dentro podría necesitar ayuda? ¿Habría alguien herido? ¿Alguien se habría perdido subiendo hasta aquel empinado peñasco?

Dylan sacó una pequeña linterna de uno de los bolsillos exteriores de su mochila. Enfocó la abertura de la roca y sólo entonces advirtió que había unas marcas cinceladas alrededor y en el interior de la grieta, como si alguien hubiera trabajado para ensancharla. Aunque no de manera reciente, a juzgar por lo desgastadas que estaban las marcas.

—¿Hola? —gritó hacia la oscuridad—. ¿Hay alguien ahí? Sólo obtuvo silencio por respuesta.

Dylan se quitó la mochila y la sujetó con una mano, mientras que con la otra mano sostenía el delgado tubo de la linterna. Avanzando de frente, casi no pudo pasar a través de la grieta; cualquiera de mayor tamaño que ella se hubiera visto obligado a pasar de lado.

Sólo era tan estrecho el corto trayecto del principio, luego el espacio se ensanchó, abriéndose cada vez más. De pronto se halló en el interior de la gruesa roca de la montaña, alumbrando con su linterna las lisas y redondeadas paredes. Era una cueva, una cueva vacía, excepto por algunos murciélagos susurrando agitados por encima de su cabeza.

Y a juzgar por el aspecto de aquel lugar, había sido enteramente construido por la mano del hombre. El techo se alzaba al menos unos seis metros por encima de la cabeza de Dylan. En cada pared de la pequeña cueva había pintados interesantes símbolos. Parecía algún extraño tipo de jeroglíficos: una mezcla de llamativas marcas tribales y de diseños geométricos entrelazados con elegancia.

Dylan se acercó a una de las paredes, fascinada ante la belleza de esas extrañas pinturas. Enfocó su pequeña linterna hacia la derecha, ansiosa por descubrir cómo continuaban los elaborados dibujos decorativos. Se colocó en el centro de la cueva.

La punta de sus botas de montaña chocó contra algo que había en el suelo de tierra. Fuera lo que fuese hizo un ruido apagado al salir rodando. Dylan enfocó el suelo con la linterna y ahogó un grito.

«Oh, mierda.»

Era una calavera. Los huesos blancos brillaron en la oscuridad y la cabeza humana parecía mirarla sin verla, con las cuencas de los ojos vacías. Si aquel era el hombre a quien el espectro quería que ayudase su petición había llegado unos cien años tarde.

Dylan enfocó la linterna más lejos, sin saber lo que estaba buscando, pero demasiado fascinada como para darse la vuelta e irse. La luz se deslizó por encima de otro grupo de huesos... Dios, eran más restos humanos esparcidos en la cueva.

Dylan sintió que se le ponía la carne de gallina por una corriente de aire salida de no se sabe dónde.

Y entonces fue cuando lo vio.

Al otro lado de la oscuridad había un gran bloque de piedra rectangular. Y ese objeto estaba pintado con marcas como aquellas que cubrían las paredes.

Dylan no tenía que acercarse para saber que se hallaba ante una cripta. Encima de la tumba había sido colocada una gruesa losa. Estaba movida hacia un lado, ligeramente torcida encima de la tumba de piedra como si hubiera sido movida por unas manos increíblemente fuertes.

¿Habría alguien o algo descansando allí dentro?

Dylan tenía que saberlo. Avanzó sigilosamente, notando un sudor frío que le recorría los dedos con los que sostenía la linterna. A tan sólo unos pasos de distancia, Dylan enfocó el haz de luz sobre el agujero de la tumba.

Estaba vacía.

Y por razones que no era capaz de explicar, eso le resultó más escalofriante que la idea de encontrar un cadáver convertido en polvo en el interior.

Por encima de su cabeza, los residentes nocturnos de la cueva se estaban despertando. Los murciélagos agitaron las alas, luego salieron disparados para pasar ante ella en una ráfaga de movimiento. Dylan se agachó para dejarlos pasar, diciéndose que a ella también le convenía salir inmediatamente de aquel lugar.

Mientras se volvía para buscar la grieta de salida, oyó a sus espaldas otro ruido provocado por algún extraño movimiento. Aquel era de algo más grande que un murciélago, un aullido grave seguido del ruido de una roca que se soltaba en algún lugar de la cueva.

Oh, Dios. Tal vez no estaba sola en aquel sitio.

Sintió un escalofrío en la nuca y antes de poder recordarse a sí misma que no creía en monstruos, el corazón empezó a latirle a un ritmo enloquecido.

Se guió a tientas hacia el exterior de la cueva, con el pulso martilleándole en los oídos. Cuando asomó a la luz del día, jadeaba en busca de aire. Subió la cresta con agilidad y luego corrió a reunirse con sus amigas al resguardo de la brillante luz del día.

Había estado soñando con Eva otra vez.

No era suficiente con que esa mujer lo hubiera traicionado en vida... ahora, estando muerta, invadía su mente mientras dormía. Todavía hermosa, todavía traidora, le hablaba de cuánto se arrepentía y de cuánto deseaba arreglar las cosas.

Todo mentira.

El fantasma de Eva visitándolo era sólo una parte del largo viaje de Rio hacia la locura.

Su compañera muerta se colaba en sus sueños, suplicándole que la perdonara por el engaño que había cometido un año atrás. Lo lamentaba. Todavía lo amaba y siempre lo amaría.

Ella no era real. Era tan sólo el burlón recuerdo de un pasado que él desearía poder dejar atrás.

Confiar en aquella mujer le había salido muy caro. Su rostro había quedado arruinado por la explosión en el almacén. Su cuerpo estaba hecho pedazos, todavía recobrándose de heridas que habrían causado la muerte de cualquier hombre mortal.

¿Y su mente...?

La cordura de Rio se había resquebrajado, poco a poco, empeorando durante el tiempo en que había estado solo en aquel agujero de la montaña de Bohemia.

Él podía acabar con eso. En tanto que miembro de la estirpe, una raza híbrida de humanos con genes de vampiros aliení-

genas, podía arrastrarse hasta la luz del día y dejar que los rayos UV lo devorasen. Había considerado la idea de hacerlo, pero aún le quedaba la tarea de cerrar aquella cueva y destruir la maldita prueba que contenía.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí dentro. Los días y las noches, semanas y meses, en algún momento se habían fundido en una interminable suspensión de tiempo. No estaba seguro de cómo había ocurrido. Había llegado allí con sus hermanos de la Orden. Los guerreros tenían la misión de localizar y destruir un viejo demonio escondido en las rocas siglos atrás.

Pero era demasiado tarde.

La cripta estaba vacía; aquel ser maléfico ya había sido liberado.

Fue Rio quien se prestó voluntariamente a quedarse atrás y sellar la cueva mientras los demás regresaban a su hogar en Boston. No podía regresar con ellos. No sabía a qué lugar pertenecía. Pretendía encontrar su propio camino, tal vez regresar a España, su tierra natal.

Eso es lo que les había dicho a los otros guerreros, que eran como hermanos para él. Pero no había llevado a cabo ninguno de sus planes. Los había retrasado, atormentado por la indecisión y el peso del pecado que había contemplado.

En su corazón, sabía que no tenía ninguna intención de abandonar aquella tumba. Pero había retrasado lo inevitable con débiles excusas, esperando el momento adecuado, las condiciones óptimas para hacer lo que tenía que hacer. Pero esas excusas eran sólo eso, excusas. Y para lo único que servían era para hacer que las horas se convirtieran en días, y los días en semanas.

Ahora, meses más tarde, merodeaba en la oscuridad de la cueva como los murciélagos que compartían el frío y húmedo espacio con él. Ya no cazaba, ya no tenía el deseo de alimentarse. Se limitaba a existir, consciente de su rápido descenso hacia un infierno que él mismo se estaba construyendo.

Para Rio, ese descenso finalmente había demostrado ser demasiado.

Junto a él, en el hueco de una roca que se hallaba a tres metros por encima del suelo de la cueva descansaba un detonador

y un pequeño alijo de C-4. Era suficiente explosivo como para sellar la cripta oculta para siempre. Rio pretendía hacerlo aquella noche... desde el interior.

Aquella noche acabaría con todo.

Cuando sus aletargados sentidos se despertaron de repente de un profundo sueño por el ruido de un intruso, él creyó que se trataría de otro fantasma que venía a atormentarlo. Captó un aroma humano, el de una mujer joven, a juzgar por el cálido almizcle que emanaba de su piel. Abrió los ojos en la oscuridad, inspirando profundamente para llenar sus pulmones de aquella fragancia.

Ella no era un truco de su locura.

Era de carne y sangre, el primer ser humano que se había adentrado a través de la oscura boca de la cueva desde que él se hallaba allí. La mujer recorrió con una linterna el interior de la cueva, cegándolo por un momento, incluso desde su escondite en el techo, por encima de su cabeza. Oyó sus pisadas en el suelo de la cueva. Y también oyó su grito contenido cuando chocó contra uno de los esqueletos que había dejado allí el original habitante del lugar.

Rio se deslizó hacia el borde de la roca que lo ocultaba, preparado para saltar al suelo. El movimiento del aire hizo que unos murciélagos del techo echaran a volar, pero la mujer siguió allí. Examinó la caverna con la linterna y luego se dirigió hacia la tumba abierta.

Rio pudo sentir su curiosidad y su miedo mientras se acercaba a la cripta. Incluso sus instintos humanos debían de estar captando algo del ser maléfico que había dormido en aquel bloque de piedra.

Pero ella no debería estar allí.

Rio no podía dejarla ver más de lo que ya había visto. Se sorprendió al oír su propio aullido mientras se disponía a saltar. La mujer lo oyó también. Se puso tensa en señal de alarma. La luz de su linterna recorrió enloquecidamente las paredes mientras corría presa del pánico en dirección a la salida de la cueva.

Antes de que Rio pudiera ordenar a sus miembros que se moviesen ella ya estaba fuera.

Se había ido.

Había visto demasiado, pero pronto eso ya no importaría.  
En cuanto cayera la noche, no quedaría rastro de la cripta,  
ni de la cueva ni del propio Rio.

## Capítulo dos

«¡Una cripta escondida encierra secretos de una antigua civilización!»

Dylan frunció el ceño y apretó la tecla de retroceso de su ordenador portátil. Necesitaba un título diferente para el artículo en el que estaba trabajando... algo más atractivo, menos tipo *National Geographic*. Hizo un segundo intento, buscando algo que pudiera resultar tan llamativo como las noticias de las jóvenes estrellas de Hollywood en la portada de cualquier suplemento semanal.

«¡Se descubren restos de sacrificios humanos en el escondite de Drácula!»

Sí, eso estaba mejor. El asunto de Drácula se remontaba en la República Checa a miles de años atrás, desde que el sanguinario Vlad Tepes reinara en Rumanía, pero era un principio. Dylan estiró las piernas sobre la cama de su habitación de hotel, equilibró el ordenador en su regazo y comenzó a redactar la primera versión de la historia. Cuando llevaba dos párrafos se detuvo. Apretó la tecla de retroceso hasta que la página estuvo de nuevo en blanco.

Simplemente no le salían las palabras. No podía concentrarse. La visita del fantasma en la montaña le había alterado los nervios, pero era la llamada telefónica a su madre lo que realmente la había distraído. Sharon había intentado parecer alegre y fuerte, hablándole acerca de un crucero por el río para recaudar fondos al que estaba ansiosa por acudir.

Después de perder a otra chica entregada a la vida de la calle, una joven llamada Tony que se había escapado de su casa y en quien Sharon había puesto verdaderas esperanzas, tenía ideas para un nuevo programa y quería contar para ello con el

fundador del refugio para chicas de la calle, el señor Fasso. Esperaba tener una entrevista privada con él y admitía que era un hombre con quien había flirteado un poco en más de una ocasión. Eso no era una sorpresa para nadie, y menos para su hija.

La vida romántica de Dylan contrastaba completamente con la de su madre, quien estaba siempre preparada e incluso ansiosa por enamorarse. Dylan en cambio había tenido algunas relaciones, pero nada significativo y nada que ella hubiera querido prolongar. Una parte de ella un tanto cínica dudaba completamente de un amor que durara para siempre, a pesar de los intentos de su madre para convencerla de que lo encontraría algún día cuando menos lo esperara.

Sharon era un espíritu libre con un corazón grande y abierto que había sido pisoteado a menudo por hombres que no valían la pena, y ahora por la injusticia del destino. Sin embargo, continuaba sonriendo y seguía al pie del cañón. Había soltado unas risitas adolescentes al confesarle a Dylan que se había comprado un vestido nuevo que estaba ansiosa por estrenar, escogido por su corte favorecedor y por el color, parecido al de los ojos del señor Fasso. Pero aunque Dylan bromeó con su madre recomendándole que no coqueteara demasiado descaradamente con aquel filántropo soltero y al parecer atractivo, tenía el corazón roto.

Sharon intentaba conservar su actitud positiva habitual, pero Dylan la conocía demasiado bien. Su voz sonaba sofocada, y no podía justificarse por el servicio telefónico de larga distancia desde la pequeña ciudad de Bohemia de Jiein, donde Dylan y sus compañeras de viaje pasaban la noche. Había hablado con su madre tan sólo veinte minutos, pero cuando iban a colgar la voz de Sharon ya sonaba completamente agotada.

Dylan suspiró débilmente mientras apagaba el ordenador y lo colocaba junto a ella en la estrecha cama. Tal vez debería haber salido a tomar cerveza y entretenerse con gente en el bar junto con Janet, Marie y Nancy, en lugar de quedarse para trabajar. Últimamente no tenía muchas ganas de socializar, pero cuanto más permanecía en su diminuta litera más cuenta se daba de lo sola que estaba. En aquella calma le resultaba difícil pensar en otra cosa que no fuera el aterrador silencio que llenaría su vida cuando su madre...

Oh, Dios.

Dylan ni siquiera estaba preparada para dejar que esa palabra cobrara forma en su mente.

Sacó las piernas de la cama y se puso en pie. La ventana del primer piso, que daba a la calle, estaba abierta para que entrara el aire, pero Dylan se sentía sofocada. Deslizó más el cristal de la ventana y respiró profundamente, contemplando a los turistas y lugareños que pasaban caminando.

Y la condenada y etérea mujer de blanco estaba allí otra vez.

De pie en el medio de la calle, sin dejarse perturbar por los coches ni los transeúntes que pasaban a su lado. Su imagen era translúcida en la oscuridad, su forma mucho menos definida que cuando la había visto por primera vez aquella tarde, y se oscurecía por segundos. Pero sus ojos estaban clavados en Dylan. El fantasma no habló esta vez, se limitaba a contemplarla con una sombría resignación que le hizo sentir un dolor en el pecho.

—Vete —le dijo en voz baja a la aparición—. No sé lo que quieres de mí y realmente no puedo tratar contigo ahora.

Una parte de ella se burló de sí misma, porque teniendo en cuenta cuál era su empleo, tal vez no debería estar tan ansiosa por sacarse de encima a los visitantes del Más Allá. Nada complacería más a su jefe, Coleman Hogg, que tener en su plantilla a una reportera capaz de comunicarse con personas muertas. Diablos, aquel bastardo oportunista probablemente insistiría en abrir una nueva línea de negocios con ella como atracción principal.

Sí, seguro. Así que eso no ocurriría.

Ya había permitido que un hombre la explotara por el peculiar y poco fiable don con el que había nacido, y mira cómo había terminado. Dylan no veía a su padre desde que tenía doce años. Las últimas palabras que Bobby Alexander dirigió a su hija antes de marcharse de la ciudad y de su vida habían sido un torrente de blasfemias y comentarios repugnantes.

Aquel había sido uno de los días más dolorosos de la vida de Dylan, pero le sirvió para aprender una dura lección: había muy pocas personas en las que poder confiar, así que si quería sobrevivir la regla número uno era irse con cuidado.

Era una filosofía que le había resultado muy útil, menos con relación a su madre. Sharon Alexander era la roca de la vida de Dylan, su suelo más firme, y la única persona con la que estaba segura de poder contar. Ella conocía todos los secretos de Dylan, todas sus esperanzas y sueños. Conocía también todos sus problemas y sus miedos... excepto uno. Dylan todavía intentaba mostrarse valiente delante de Sharon, estaba demasiado asustada como para dejarle saber hasta qué punto la vuelta del cáncer la había petrificado. No quería reconocer ese miedo justo ahora, no tenía fuerzas suficientes para expresarlo en voz alta.

—Mierda —susurró Dylan irritada al sentir que los ojos le empezaban a arder por las lágrimas.

Deseaba vencer esas lágrimas con la misma fuerza de acero que lo había sostenido durante la mayor parte de su vida. Dylan Alexander no lloraría. No lo había hecho desde aquel día en que se le rompió el corazón, aquel día en que era apenas una niña y se sintió traicionada al ver cómo su padre desaparecía en la noche.

No, autocompadecerse por su propio dolor no la llevaría a nada bueno. La ira era una estrategia mucho más útil. Y cuando la ira fallaba, había pocas cosas que no pudieran arreglarse con una buena dosis de rechazo.

Dylan se apartó de la ventana y metió sus pies desnudos en un par de botas de montaña. No se atrevía a dejar el ordenador solo en la habitación, así que lo guardó en su correspondiente funda, cogió también su cuaderno de notas electrónico y se fue dispuesta a reunirse con Janet y las demás. Tal vez un poco de compañía y parloteo no estaría mal después de todo.

Al anochecer, la mayoría de los humanos que caminaban a través del bosque y por los senderos de la montaña habían desaparecido. Ahora que en el exterior de la cueva reinaba la oscuridad, no había ni un alma que pudiera oír la explosión que Rio estaba a punto de perpetrar.

Tenía suficiente explosivo C-4 a mano como para sellar de modo permanente la entrada de la cueva, pero no tanto como para derribar la montaña entera. Nikolai se había asegurado de

eso antes de que la Orden dejara allí a Rio para proteger el terreno. Gracias a Dios, porque Rio estaba condenadamente seguro de que su cerebro maltrecho no recordaría los detalles.

Soltó una maldición mientras manipulaba torpemente uno de los diminutos cables del detonador. La visión se le estaba empañando, y eso lo irritaba aún más. El sudor le corría por la frente empapando los mechones de pelo demasiado largos que le caían encima de los ojos. Con un rugido, se pasó la mano por la cara apartándose el pelo y miró ferozmente los trozos de pálido material explosivo que tenía frente a él.

¿Ya había metido la pólvora detonadora dentro de los moldes?

No lo recordaba.

—Concéntrate, idiota —se reprendió a sí mismo, impacientándose ante la idea de que algo que antes de aquella explosión en el almacén de Boston le resultaba fácil, ahora le llevara literalmente horas de preparación. Si añadía a eso la debilidad surgida como consecuencia de haberse privado del sustento vital de la sangre era una auténtica proeza. Un condenado desastre, eso es lo que era.

Impulsado por una oleada de desprecio hacia sí mismo, Rio puso el dedo en uno de los pequeños moldes de C-4 y tiró para abrirlo.

Bien. La carga estaba allí, como tenía que ser.

No importaba que él no recordara haberla puesto allí o el hecho de que, a juzgar por el aspecto retorcido de otro de los moldes, lo más probable era que él ya hubiera hecho esta misma comprobación por lo menos una vez. Reunió los suministros de C-4 y los llevó hasta la estrecha grieta de entrada de la cueva. Los colocó en huecos labrados en la arenisca, exactamente como le había explicado Niko. Luego regresó al interior de la cueva para buscar el detonador.

¡Maldita sea!

Los cables de esa cosa estaban todos estropeados.

Él los había echado a perder. ¿Cómo? ¿Y cuándo?

—¡Hijo de puta! —gruñó, mirando fijamente el artefacto, ciego por una repentina y rápida ira.

Se sentía aturdido por la rabia, la cabeza le daba vueltas de tal forma que tuvo que dejarse caer de rodillas. Se acostó sobre

el duro suelo como si su cuerpo estuviera hecho de plomo. Oyó que el detonador se deslizaba en alguna parte, pero no pudo alcanzarlo. Los brazos le pesaban demasiado y tenía la cabeza ingrávida, la conciencia le flotaba, separada de la realidad, como si su mente quisiera separarse de esa jaula que era su cuerpo demolido para volar lejos y escapar.

Sintió fuertes náuseas y supo que si no conseguía sostenerse iba a morir.

Había sido una estupidez dejar de cazar desde hacía tantas semanas. Él pertenecía a la estirpe. Necesitaba sangre humana para cobrar fuerzas, para vivir. La sangre lo ayudaba a detener el dolor y la locura. Pero ya no confiaba en ser capaz de cazar sin matar. Había estado demasiado cerca, demasiadas veces, desde que había llegado a aquel altísimo peñasco del bosque.

Demasiado a menudo esas pocas veces en las que se había aventurado a salir al exterior, presa del hambre, había estado a punto de ser visto por los humanos que vivían en las ciudades y pueblos de los alrededores. Y desde que sobrevivió a aquella explosión en Boston un año atrás su rostro no era fácil de olvidar.

«Maldito.»

La palabra lo alcanzó desde algún lugar distante. No venía del exterior, de la noche, sino de algún profundo lugar de su pasado, en la lengua de su madre, el español.

«Manos del diablo.»

«Comedor de sangre.»

«Monstruo.»

Incluso a través de la niebla de su mente atormentada, reconoció los insultos. Nombres que había oído desde su infancia más temprana. Palabras que lo herían, incluso ahora.

El maldito.

Manos del diablo.

Comedor de sangre.

Monstruo.

Y eso es lo que era, ahora más que nunca. Qué ironía que su vida hubiera comenzado en un escondite, oculto como un animal saliendo por las noches a los bosques oscuros y las montañas, y terminara de la misma manera.

—Madre de Dios —susurró, mientras intentaba, débil-

mente, agarrar el detonador—. Por favor, déjame acabar con todo.

Dylan apenas acababa de terminar su vaso de cerveza cuando le pusieron otro delante. Era la tercera ronda de la mesa desde que había llegado a la taberna a encontrarse con sus compañeras de viaje. Esta última ronda había sido servida con una enorme sonrisa por parte del joven que atendía en la barra.

—Con mis cumplidos, damas —anunció con un marcado acento inglés, siendo uno de los pocos lugareños de aquel pueblo que hablaban algo más que alemán o checo.

—¡Oh, cielos! Gracias, Goran —exclamó Janet, soltando una risita mientras entregaba su vaso vacío para recibir uno nuevo lleno de cerveza fresca, ámbar y espumosa—. Qué encantador eres, hablándonos de tu adorable ciudad y trayéndonos ahora bebidas gratis. De verdad no tenías por qué hacerlo.

—Es un placer —murmuró.

Sus agradables ojos marrones se detuvieron en Dylan un poco más, lo cual hubiera sido un cumplido mayor si sus acompañantes no fueran todas candidatas a la jubilación. Probablemente, Dylan debía de ser cinco o diez años mayor que el guapo camarero, pero eso no iba a impedirle sacar partido de la evidente atracción que sentía por ella. No es que estuviera interesada en bebidas o en citas. Era la charla de Goran acerca de las montañas de los alrededores y sus tradiciones lo que había cautivado a Dylan. El joven checo había crecido en aquel lugar y había pasado una buena cantidad de tiempo explorando precisamente la zona que Dylan había estado escalando aquella mañana.

—Esto es tan hermoso —le dijo Nancy—. Los folletos turísticos no mentían; es verdaderamente un paraíso.

—Y ese terreno tan particular y tan extenso... —añadió Marie—. Creo que necesitaríamos un mes entero para ver todo lo que hay. Es una pena que tengamos que regresar a Praga mañana.

—Sí, es una verdadera lástima —dijo Goran, dirigiendo el comentario directamente a Dylan.

—¿Y qué hay de las cuevas? —Había estado tratando de reunir los detalles de su historia sin llamar demasiado la aten-

ción, consciente de que los lugareños probablemente no apreciarían el hecho de que se aventurara fuera de los senderos para escalar las montañas por su cuenta—. Vi algunas cuevas señaladas en nuestro mapa, pero imagino que debe de haber muchas más. Incluso algunas que aún no hayan sido descubiertas, de las que no se abren al público, ¿verdad?

El joven asintió.

—Oh, sí. Hay cientos de cuevas y también varios precipicios. La mayoría de ellas todavía no están documentadas.

—Dylan ha visto un viejo ataúd de piedra en una de las cuevas —soltó Janet inocentemente mientras bebía su cerveza.

Goran soltó una risita con una expresión dubitativa.

—¿Eso viste?

—No estoy segura de lo que vi. —Dylan se encogió de hombros despreocupadamente, pues no quería delatarse si realmente había descubierto algo significativo—. Estaba terriblemente oscuro ahí dentro y creo que el calor me jugó una mala pasada.

—¿En qué cueva entraste? —preguntó el joven—. Tal vez la conozca.

—Oh, no recuerdo dónde estaba exactamente. Realmente no importa.

—Dijo que había sentido una presencia —intervino de nuevo Janet—. ¿No es así como lo describiste, cariño? Como... una presencia oscura que se despertó cuando tú estabas en el interior de la cueva. Creo que eso es lo que dijiste.

—No fue nada, estoy segura. —Dylan le frunció el ceño a través de la mesa a modo de reproche a esa bienintencionada pero irritante mujer. Aunque no sirviera para nada. Janet le guiñó el ojo con la actitud de una casamentera cuando Goran se acercó más a Dylan en la mesa.

—Verás, se dice que hay algo diabólico en esas montañas —dijo él, bajando la voz a un tono confidencial aunque también divertido—. Muchas leyendas antiguas advierten que hay demonios viviendo en los bosques.

—¿Es eso cierto? —preguntó ella con curiosidad.

—Oh, sí. Bestias terribles con aspecto de seres humanos pero que no son humanos en absoluto. Los aldeanos están convencidos de que viven entre monstruos.

Dylan tosió ligeramente mientras levantaba su vaso.

—Yo no creo en los monstruos.

—Yo tampoco, por supuesto —dijo Goran—. Pero mi abuelo, sí. Igual que su abuelo antes que él y el resto de la familia que vivía en esta zona, desde hace cientos de años. Mi abuelo tiene una propiedad en los límites del bosque. Él dice que vio a una de esas criaturas hace tan sólo unos meses. Atacó a uno de sus trabajadores del campo.

—¿Y qué pasó? —Dylan miró al camarero, esperando un remate que no llegaba.

—Según mi abuelo, fue justo al caer la noche. Él y Matej estaban llevando algunos equipamientos al establo cuando mi abuelo oyó un ruido extraño que provenía del campo. Fue a mirar y vio a Matej en el suelo. Otro hombre estaba doblado encima de él y sostenía el cuello de Matej, que estaba sangrando, cerca de la boca.

—¡Dios santo! —ahogó un grito Janet—. ¿Y sobrevivió el pobre hombre?

—Sí, sobrevivió. Mi abuelo explicó que él entró corriendo de nuevo al establo en busca de algún arma para luchar contra la criatura y cuando salió Matej ya estaba allí solo. No tenía ninguna marca, a excepción de una mancha de sangre en la camisa, y tampoco recordaba el ataque en absoluto. El hombre que atacó a Matej, o el demonio, si damos crédito al testimonio de mi abuelo, nunca ha vuelto a ser visto.

Janet chasqueó la lengua.

—¡Y menos mal! Porque parece una criatura salida de una película de terror, ¿verdad?

Nancy y Marie parecían igual de aterradas. Era evidente que las tres mujeres se creían la historia de Goran a pies juntillas. Dylan en cambio permanecía como mínimo escéptica. Pero en el fondo de su mente se preguntaba si su historia acerca de una cripta en el interior de la montaña cubierta con viejos restos humanos no tendría más jugo si se completaba con un relato de primera mano acerca del ataque de un vampiro. No importaba el hecho de que la presunta víctima no pudiera corroborarlo con ningún recuerdo o evidencia física; su jefe del periódico no vacilaría a la hora de publicar una historia supersticiosa basándose únicamente en un relato un poco tosco por

parte de un anciano que probablemente hasta tendría dañada la vista. Qué demonios, habían sacado artículos teniendo aún mucho menos que eso.

—¿Crees que podría hablar con tu abuelo acerca de lo que vio?

—Dylan es periodista. —A nadie le sorprendió que Janet, siempre tan servicial, completara la explicación—. Vive en Nueva York. ¿Has estado alguna vez en Nueva York, Goran?

—Nunca he estado allí, pero me gustaría mucho ir algún día —respondió él, mirando de nuevo a Dylan—. Entonces eres periodista, ¿en serio?

—No, en serio no. Tal vez algún día. Hoy por hoy las cosas que escribo son... supongo que podríamos llamarlas historias que interesan a la gente. —Sonrió al camarero—. Entonces, ¿crees que tu abuelo estaría dispuesto a hablar conmigo?

—Lamento decirte que está muerto. Tuvo un infarto mientras dormía el mes pasado y ya no llegó a despertarse.

—Oh. —Dylan sintió una oleada de auténtico arrepentimiento, su ansiedad por vender una historia pasó inmediatamente a un segundo plano—. Siento mucho tu pérdida, Goran.

Él asintió con dolor.

—Fue un hombre afortunado. Ojalá todos pudiéramos llegar a los noventa y dos años, como mi abuelo, ¿verdad?

—Sí —dijo Dylan, sintiendo que las amigas de su madre la miraban con compasión—. Ojalá.

—Tengo nuevos clientes —anunció al ver que un pequeño grupo de hombres entraba en la taberna—. Ahora debo irme. Cuando vuelva tal vez podrías contarme algo sobre Nueva York, Dylan.

Mientras se alejaba, y antes de que Janet pudiera entusiasmarse con lo maravilloso que sería que Dylan invitara al adorable y joven Goran a Estados Unidos, se casara con él y tuviera hijos, Dylan dejó escapar un aparatoso y enorme bostezo.

—Supongo que he tomado demasiado aire fresco por hoy. Estoy realmente destrozada. Creo que me retiraré pronto. Todavía tengo que trabajar un poco esta noche y necesito revisar el correo electrónico antes de acostarme.

—¿Estás segura, cariño?

Dylan dedicó a Janet una débil inclinación de cabeza.

—Sí, ha sido un día largo. —Se levantó y recogió su bolso, que estaba colgado en el respaldo de la silla de madera. Puso sobre la mesa unas monedas, suficientes para pagar lo que había tomado en el bar y dejar una generosa propina para su anfitrión—. Os veo en la habitación.

Mientras recorría el breve trayecto de la taberna hasta el hotel, los dedos de Dylan estaban ansiosos por tocar el teclado. Se encerró en la habitación, encendió el ordenador y trató de reproducir la historia. Dylan sonrió al ver que el artículo cobraba forma. Ya no era simplemente un reportaje acerca de la vieja tumba de una caverna y unos esqueletos polvorientos, sino un relato espeluznante acerca de un demonio que vivía y respiraba y podía perfectamente seguir existiendo en la tierra baldía sobre una ciudad europea aparentemente tranquila.

Ya tenía el texto.

Ahora lo único que necesitaba eran algunas fotos de la guarida del demonio.

## Capítulo tres

**E**ra de madrugada muy temprano en la región montañosa, demasiado temprano para la mayoría de grupos de turistas y excursionistas. Sin embargo, Dylan evitó salir por la entrada principal y se adentró sola en los bosques. Pronto comenzó a caer una débil lluvia, una suave lluvia de verano que descendía desde las nubes de color gris plomizo.

El calzado de montaña de Dylan se hundió en las agujas de pino bajo sus pies, mientras aligeraba el paso y localizaba el sendero de la montaña que había recorrido con sus compañeras el día anterior.

Hoy no había ninguna señal de la mujer de blanco y cabello oscuro, pero Dylan no necesitó la ayuda del fantasma para encontrar el camino hacia la cueva. Guiada por su memoria y por el pulso creciente de sus venas, escaló la empinada y difícil pendiente hasta el saliente de arenisca que había en el exterior de la cueva oculta.

Con todo cubierto de bruma, la estrecha grieta de la cueva parecía ese día todavía más oscura, y la arenisca tenía un aroma viejo y terrenal. Dylan se descolgó la mochila que llevaba a la espalda y sacó la pequeña linterna de uno de los bolsillos con cremallera. Hizo girar el delgado tubo de metal y envió un rayo de luz al estrecho pasadizo de la cueva.

«Entra, saca una pocas fotos de la cripta y de las pinturas de las paredes y luego sal de allí como perseguida por el diablo.»

No es que tuviera miedo. ¿Por qué debería tenerlo? Tenía que tratarse de algún viejo lugar donde enterrar a los muertos, abandonado hacía muchísimo tiempo. No había absolutamente nada que temer.

¿Y acaso no era exactamente eso lo que decían esas estúpi-

das actrices de cine de terror justo antes de morir con todo lujo de grotescos detalles?

Dylan se burló de sí misma mentalmente. Después de todo, aquello era la vida real. La probabilidad de que apareciera un lunático blandiendo una motosierra o un zombi devorador de carne fresca en la oscuridad de esa cueva eran exactamente las mismas que las de encontrarse cara a cara con el monstruo chupador de sangre que el abuelo de Goran decía haber visto. En otras palabras, eran nulas.

Con la lluvia cayendo suavemente tras ella, Dylan se adentró entre las estrechas paredes de roca y avanzó cuidadosamente hacia el interior de la cueva, iluminando el camino con el haz de luz de su linterna. Tras varios pasos, el pasadizo se ensanchó y la oscuridad se hizo más intensa. Dylan movió la linterna alrededor del perímetro de la cueva, tan atemorizada como el día anterior, iluminando las elaboradas pinturas de las paredes y el bloque de piedra rectangular que había en el centro del espacio.

No vio al hombre que yacía tirado en el suelo de cualquier forma hasta que estaba prácticamente encima de él.

—¡Dios!

Ahogó un grito y dio un salto hacia atrás, haciendo rebotar la luz de la linterna frenéticamente durante los segundos que le llevó recobrase del susto. Enfocó de nuevo la linterna hacia donde yacía el hombre... y no vio nada.

Pero había estado allí. Todavía tenía en su mente la imagen de su cabello castaño oscuro y despeinado y su ropa negra raída y cubierta de polvo. Sin duda se trataba de un mendigo. Probablemente no sería inusual que los pobres vagabundos de la región transitaran por aquella zona.

—¡Hola? —dijo ella, moviendo la linterna alrededor de todo el suelo de la cueva. Había varios cráneos y huesos diseminados en un morbosos desorden, pero eso era todo. No había señal de nada vivo ni de nada que llevara muerto menos de cien años.

¿Dónde se había metido? Deslizó la mirada hacia la cripta abierta que estaba a unos pocos metros de distancia.

—Mira, sé que estás ahí. Está bien. Yo no pretendía asustarte —añadió, a pesar de que le resultaba absurdo que fuera ella quien tratara de tranquilizarlo. Aquel tipo debía de medir

más de dos metros, y aún con lo poco que lo había visto había advertido que sus brazos y sus piernas eran muy musculosos. Pero su cuerpo tirado y abandonado a su suerte en el suelo de la cueva sugería dolor y desesperación—. ¿Estás herido? ¿Necesitas ayuda? ¿Cómo te llamas?

No hubo respuesta. Ningún tipo de sonido.

—*Dobrý den?* —le preguntó, tratando de llegar a él con sus limitadísimos conocimientos del checo—. *Mluvite ánglicky?*

No hubo suerte.

—*Sprechen zie Deutsch?*

Nada.

—Lo siento, pero eso es todo lo que sé, a menos que me obligues a rescatar los rudimentarios conocimientos de español que obtuve en la escuela y me hagas pasar vergüenza. —Se dio la vuelta con la linterna, inclinándola hacia arriba para escudriñar la parte superior de las paredes de la cueva—. Creo que me sería difícil llegar más lejos de «¿cómo está usted?»

Al dar la vuelta lentamente la luz topó con un saliente a modo de cornisa justo encima de su cabeza. Unos metros más arriba había un fino arco de arenisca. Era imposible que alguien pudiera subir hasta allí arriba.

¿O acaso estaba allí...?

Tan pronto como le vino a la cabeza aquella idea el débil chorro de luz comenzó a parpadear. De pronto se atenuó y luego se hizo la oscuridad total.

—Mierda —susurró Dylan por lo bajo. Golpeó el tubo con la palma de la mano un par de veces antes de intentar frenéticamente encender de nuevo el maldito aparato. A pesar de que había colocado pilas nuevas antes de salir de Estados Unidos, la luz estaba muerta—. Mierda, mierda, mierda.

Envuelta en una oscuridad total, Dylan sintió la primera punzada de malestar.

Al oír el roce de algo contra una roca todos los nervios de su cuerpo se tensaron. Hubo un momento de largo silencio, seguido del repentino golpe de unas botas sobre el suelo de tierra. Fuera lo que fuese ese o eso que había estado oculto en las sombras ahora se hallaba en el suelo de la cueva ante ella.

Ella olía a enebro y a miel y a la cálida lluvia de verano. Pero debajo de ese aroma, había una nota cítrica de adrenalina ahora que notaba que él estaba cerca. Rio circuló alrededor de la mujer en la oscuridad de la cueva, viéndola perfectamente mientras ella vacilaba por la repentina falta de luz. Retrocedió unos pasos, sólo para topar con una pared de piedra.

Maldita sea.

Tragó saliva de manera perceptible, dando la vuelta para intentar otro camino, luego soltó otra maldición y su inútil linterna se le resbaló de los dedos hasta chocar contra el suelo de la cueva. Rio había gastado una valiosa energía para apagar el aparato con la fuerza de su mente. Manipular objetos con el pensamiento era una habilidad sencilla para los de la estirpe, pero en su actual estado de debilidad Rio no sabía cuánto tiempo podría resistirlo.

—Probablemente no estás de humor para recibir compañía —dijo la mujer, abriendo mucho los ojos en la oscuridad de un lado a otro tratando de localizarlo—. Así que ahora voy a irme, ¿de acuerdo? Simplemente... caminaré hacia la salida. —Se le escapó un gemido nervioso—. Dios, por favor, ¿dónde está la maldita salida de este sitio?

Dio un paso hacia la derecha, apoyándose en la pared de la cueva. Se alejaba de la salida, pero Rio no veía la razón de advertírselo todavía. Él continuó moviéndose y la dejó que se adentrara cada vez más profundamente en la cueva, mientras trataba de decidir qué hacer con su reincidente intrusa. Nada más despertarse, sorprendido de seguir todavía con vida y no estar solo, había reaccionado instintivamente, como una bestia indefensa que huye a esconderse en la seguridad de las sombras.

Pero luego ella empezó a hablarle.

Trató de persuadirlo para que saliera, si bien ella no podía saber lo peligrosa que era la proposición que le estaba haciendo. Estaba furioso y medio enloquecido, una combinación lo bastante mortífera ya de por sí, pero ahora además se hallaba cerca de una hembra, y eso le recordaba que a pesar de estar accidentado todavía tenía mucho de macho.

Todavía seguía siendo hasta el tuétano un miembro de la estirpe.

Rio volvió a inspirar el aroma de esa mujer y le resultó di-

fácil resistirse a tocar su pálida piel mojada por la lluvia. El ansia lo inundó, un ansia que no sentía desde hacía mucho tiempo. Los colmillos le salieron de las encías, y las afiladas puntas le pincharon la suave carne de la lengua. Tenía cuidado de mantener los párpados cerrados, pues sabía que los iris de color topacio pronto se inundarían de un feroz brillo ámbar y sus pupilas adelgazarían hasta convertirse en dos hendiduras verticales cuando la sed de sangre emergiera en él.

El hecho de que ella fuera joven y bella no hacía más que aumentar su deseo de probarla. Deseaba tocarla...

Dobló las manos y luego cerró los puños.

«Manos del diablo.»

Esas manos podrían herirla. La fuerza que le otorgaban sus genes de vampiro era inmensa, pero era la otra habilidad de Rio, ese terrible don con el que había nacido, lo que más daño podía hacerle. Concentrando su pensamiento y simplemente con tocarla podía arrebatarse la vida en un instante. Una vez había llegado a comprender su poder, Rio lo había manejado con un estricto y rígido control. Pero ahora la ira gobernaba su mortífero don y las lagunas mentales que sufría desde la explosión del almacén le imposibilitaban confiar en no hacer daño a nadie contra su voluntad.

Esa era una de las razones por las que había abandonado la Orden y también una de las razones por las que había dejado de cazar para alimentarse de sangre. Los de la estirpe nunca o muy raras veces mataban a sus huéspedes humanos al alimentarse; ése era uno de los rasgos que los distinguía de la peor clase de vampiros: los renegados. Era la adicción a la sangre que sufrían los renegados lo que los hacía perder completamente el control.

Rio contemplaba con ojos feroces y sedientos a la mujer que deambulaba en su infernal guarida y era únicamente el miedo a perder el control lo que lo mantenía a raya.

Eso y el simple hecho de que se había mostrado amable con él.

No parecía asustada, aunque sólo fuera porque no había llegado a ver la bestia que era realmente.

Ella abandonó la pared y avanzó hacia el centro de la cueva. Rio se hallaba ahora justo detrás de ella, tan cerca que las puntas rizadas de su cabello rojo fuego rozaban su camisa andrajo-

sa. Esos suaves hilos de seda lo tentaron profundamente, pero Rio mantuvo las manos a los lados. Cerró los ojos, deseando hallarse arriba en la cornisa. Tal vez entonces ella seguiría hablándole, en vez de estar allí tensa y jadeante, cada vez más preocupada.

—No deberías estar aquí —dijo él finalmente. Su voz sonó como un brusco rugido en la oscuridad.

Ella ahogó un grito, dándose la vuelta en cuanto localizó de dónde provenía el sonido. Retrocedió, apartándose de él. Rio debería alegrarse de eso.

—Hablas inglés —dijo ella tras una larga pausa—. Pero tu acento... ¿no eres americano, verdad?

Él no vio ninguna razón para afirmar lo contrario.

—Tú sí lo eres, evidentemente.

—¿Qué es este lugar? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ahora tienes que irte —le dijo. Las palabras le sonaban espesas, le costaba que salieran de la boca por la obstrucción de sus colmillos—. Aquí no estás a salvo.

El silencio se instaló entre ellos tras el peso de esa advertencia.

—Déjame verte.

Rio frunció el ceño ante el rostro pecoso y de durazno que lo buscaba en la penumbra. Ella estiró las manos como para palparlo. Él retrocedió escapándose de su alcance, pero sólo por poco.

—¿Sabes lo que dicen en la ciudad? —preguntó ella, con una nota desafiante en la voz—. Dicen que hay un demonio viviendo aquí en las montañas.

—Tal vez lo haya.

—Yo no creo en los demonios.

—Tal vez deberías. —Rio la miró fijamente a través de su cabello excesivamente largo, esperando que los tupidos mechones ocultaran el brillo de sus ojos—. Tienes que irte. Ahora.

Ella levantó lentamente su mochila y la sostuvo ante ella como una armadura.

—¿Sabes algo sobre esta cripta? Porque eso es lo que es, ¿verdad? Alguna clase de antigua cripta y cámara de sacrificio. ¿Y qué son los símbolos de las paredes? ¿Algún tipo de lenguaje antiguo?

Rio permaneció muy quieto y silencioso. Si creía que podía limitarse simplemente a dejarla marchar se había equivocado. Ya era bastante malo que hubiera visto la cueva una vez, ahora había regresado y estaba haciendo presuposiciones demasiado cercanas a la verdad. No podía dejarla marchar... al menos no dejando intacto su recuerdo de él y del lugar.

—Dame tu mano —le dijo con toda la suavidad que pudo—. Te mostraré el camino para salir de aquí.

Ella no se movió, aunque él no esperaba que obedeciera.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en esta montaña? ¿Por qué te escondes aquí? ¿Por qué no me dejas verte?

Ella hizo las preguntas una tras otra, con una curiosidad que bordeaba el interrogatorio.

Él oyó que abría la cremallera de su mochila.

Ah, mierda. Si sacaba otra linterna él no tendría la fuerza suficiente para apagarla... no ahora que iba a necesitar toda su concentración para borrarle los recuerdos.

—Vamos —dijo él, esta vez un poco más impaciente—. No voy a hacerte daño.

Haría todo lo posible por no hacérselo, pero el simple hecho de permanecer en posición vertical ya le estaba resultando agotador. Necesitaba conservar toda la energía que pudiera para lograr dinamitar la cueva sin desmayarse antes de conseguirlo. Pero justo ahora tenía que resolver el problema más inmediato que tenía frente a él.

Rio comenzó a avanzar hacia ella y ella permaneció inmóvil. Él se colocó fuera de su alcance, con la intención de agarrar su mochila y quitársela, pero antes de que sus dedos pudieran tocarla ella sacó algo de uno de los bolsillos del bolso y lo puso delante.

—De acuerdo, ya me voy. Sólo que... hay algo que necesito hacer antes.

Rio frunció el ceño en la oscuridad.

—¿Qué vas a...?

Luego hubo un débil ruido metálico y a continuación un potente chorro de luz.

Rio rugió, retrocediendo instintivamente. Hubo una rápida sucesión de otras explosiones de luz.

La lógica le decía que era el *flash* de una cámara digital lo

que lo estaba cegando, pero en un alarmante instante retrocedió en el tiempo... se hallaba de nuevo en aquel almacén de Boston, de pie bajo una bomba que estaba a punto de detonarse en el aire.

Oyó el súbito estallido de la explosión, la sintió vibrar dentro de sus huesos y quitarle el aire de los pulmones. Sintió la lluvia de calor en la cara, la sofocante nube espesa de ceniza que lo engullía como una ola.

Sintió el ardiente golpe de la metralla desgarrándole el cuerpo.

Era una agonía, y él estaba allí, viviéndola, sintiéndola de nuevo.

—¡Nooooo! —bramó, con una voz que ya no era humana sino que se había transformado en otra cosa, al igual que él, por la furia que corría por sus venas como un ácido.

Sus piernas se hicieron más pesadas y él cayó al suelo, cegado por la insistente luz y por los despiadados recuerdos.

Oyó unas pisadas que pasaban veloces junto a él y a través del imaginario hedor de humo, metal y carne quemada, advirtió el débil y fugaz rastro de enebro, miel y lluvia.

## Capítulo cuatro

A última hora de la mañana, el corazón de Dylan todavía seguía latiendo aceleradamente, después de que ella y sus compañeras se hubieran subido al tren que las llevaría de Jiein a Praga. Le parecía ridículo estar tan alterada por el vagabundo de quien había huido en la cueva, a pesar de que probablemente debía de estar un poco loco para vivir allí como una especie de hombre salvaje. Pero después de todo no le había hecho ningún daño.

A juzgar por su extrañísima reacción cuando ella había intentado sacar algunas fotos de la cueva antes de que lograra echarla gracias a su fuerza bruta, probablemente él estaba mucho más asustado que ella.

Dylan se echó hacia atrás en su asiento del tren, con el ordenador sobre las piernas. Pequeñas imágenes de su cámara digital aparecieron en la pantalla descargándose en el ordenador a través del delgado cable negro que conectaba las dos máquinas. La mayoría eran de los últimos dos días del viaje, pero el último puñado eran las que más interesaban ahora a Dylan.

Hizo doble clic sobre la oscura imagen de la cueva, la primera de la secuencia. La foto se amplió, llenando la pequeña pantalla del ordenador. Dylan examinó el rostro que estaba casi oculto por un cabello excesivamente largo y despeinado. Las ondas de un color café apagado colgaban mustias sobre las afiladas mejillas y los feroces ojos que se reflejaban en la lente con un extrañísimo tono ámbar que no había visto jamás. La mandíbula era tan rígida como el acero y los gruesos labios se separaban en un feroz gruñido que no quedaba del todo oculto por la enorme mano que había colocado delante del rostro para protegerse del disparo.

Dios, no haría falta mucho Photoshop en la oficina de Nueva York para lograr que ese tipo pareciera claramente un demonio. El efecto ya estaba más que logrado.

—¿Cómo quedaron tus fotos, querida? —La cabeza de rizos plateados de Janet se inclinó junto a Dylan en el mullido asiento.

—¡Dios bendito! ¿Qué es eso?

Dylan se encogió de hombros, incapaz de apartar los ojos de la fotografía.

—Es un disparo que le hice a un ocupante de la cueva que visité esta mañana. Él aún no lo sabe, pero va a convertirse en la estrella de mi próxima historia para el periódico. ¿Qué te parece? Sólo mira este rostro y dime si no ves un salvaje bebedor de sangre que se esconde en las montañas aguardando a encontrar a su próxima víctima inocente.

Janet se estremeció y volvió a concentrarse en su crucigrama.

—Vas a tener pesadillas con una historia como ésa.

Dylan se rio mientras hizo un clic sobre la siguiente imagen de la pantalla.

—Yo no. Yo nunca tengo pesadillas. De hecho nunca sueño. Mi mente es una pizarra en blanco, absolutamente todas las noches.

—Bueno, considérate afortunada —dijo la mujer mayor—. Yo siempre tengo sueños de lo más intensos. Cuando era jovencita, solía soñar de manera recurrente con un caniche blanco con las uñas pintadas al que le gustaba cantar y bailar a los pies de mi cama. Yo le rogaba que parase y me dejara dormir, pero él seguía cantando. ¿Te imaginas? La mayoría de las veces cantaba viejas melodías, ésas eran sus favoritas. Yo siempre he disfrutado de las viejas melodías...

Dylan oía la voz de Janet junto a ella, pero la escuchaba a medias, mientras revisaba el resto de las fotografías de la cueva. Después de todos sus frenéticos disparos había obtenido una imagen decente de la cripta de piedra y un par de fotos de las elaboradas pinturas de las paredes. Los diseños eran todavía más impresionantes ahora que tenía la oportunidad de examinarlos bien.

Elegantes arcos entrelazados y líneas que se arremolinaban a lo largo de toda la pared de la caverna, trazados con tinta de

un marrón rojizo. Tenían una apariencia tribal pero a la vez extrañamente futurista... no había visto nunca nada parecido. Todavía más símbolos y líneas entrelazadas decoraban la zona de la cripta, pero uno en particular hizo que a Dylan se le erizara el vello de la nuca.

Amplió la imagen del extraño diseño.

«¿Qué demonios?»

El símbolo de la lágrima cayendo sobre la luna creciente era inconfundible, arropado dentro de una serie de líneas curvas y diseños geométricos. Dylan lo contempló atónita y de lo más confundida. Aquella marca le resultaba completamente familiar. La había visto antes, en incontables ocasiones. No en una fotografía, sino en su propio cuerpo.

«¿Cómo diablos era posible?»

Dylan se llevó la mano a la nuca, desconcertada ante lo que estaba viendo. Pasó los dedos sobre la piel suave y por la parte superior de la columna. Sabía que allí tenía una diminuta mancha de nacimiento, de color carmesí. Era exactamente igual a aquella que estaba viendo en la pantalla.

Manteniendo la mirada firme y fría en el hueco de la cueva, Rio le dio al botón del detonador de C-4. Hubo un suave pitido cuando el aparato con mando a distancia se puso en marcha, apenas medio segundo antes de que los explosivos metidos en la roca estallaran. La explosión fue fuerte y ruidosa, un temblor que retumbó como un trueno en los alrededores del bosque nocturno. Un grueso polvo amarillo y arenisca pulverizada salieron despedidos a través del pasadizo, derribando las paredes de la entrada de la cueva, sellando la cámara y manteniendo todos sus secretos en el interior.

Rio lo contempló desde el suelo, más abajo, sabiendo que debía haber estado dentro, y hubiera estado dentro de no haber sido por su debilidad y por la intrusión de aquella mujer.

Se había tenido que esforzar mucho para bajar de la montaña al anochecer. La determinación lo había impulsado la mayor parte del camino; la rabia lo había ayudado a concentrarse y mantener la claridad mental a la hora de asumir su posición bajo la cueva y pulsar el detonador.

Mientras el humo y los escombros se disipaban en la brisa, Rio ladeó la cabeza. Su agudizado oído captó un movimiento en el bosque. No era un movimiento animal, sino humano, los pasos ligeros y enérgicos de un excursionista que se había quedado rezagado mientras caía la noche.

Los colmillos de Rio se alargaron ante la idea de una presa fácil. Su visión se agudizó y sus pupilas se estrecharon al tiempo que volvía la cabeza para examinar la zona.

Allí estaba, bajando la cadena de montañas justo al sur de donde él se encontraba. Un hombre delgado con una mochila colgada a la espalda, pasando a través de los matorrales. Su pelo rubio y corto brillaba como un faro en la oscuridad de la noche. Rio contempló al excursionista derrapando y trotando por una pendiente arbolada hasta bajar al camino. En apenas unos minutos pasaría justo ante el lugar donde se hallaba Rio.

Estaba demasiado agotado para cazar, pero todas las cualidades de su raza estaban en estado de alerta, preparadas y a la espera de la oportunidad de atacar. Para alimentarse, algo que necesitaba hacer desesperadamente.

El humano se acercó, sin ser consciente de que el depredador lo observaba entre los árboles. No vio venir el golpe, no hasta que Rio se abalanzó contra él dando un gran salto. El humano entonces dejó escapar un grito de puro terror. Se sacudió y luchó, pero fue un intento inútil.

Rio trabajó rápido, tirando al joven al suelo e inmovilizándolo boca abajo con la enorme mochila todavía a la espalda. Mordió el cuello desnudo del humano y se llenó la boca con la sangre caliente y fresca repentinamente derramada. Se nutrió inmediatamente, sintió renovarse la fuerza de sus músculos, de sus huesos y de su mente.

Rio bebió de su huésped nada más que lo necesario. Con un lametazo selló la herida y pasando la mano por la frente del humano, empapada en sudor, borró la memoria del ataque.

—Vete —le dijo.

El hombre se levantó, y pronto la cabeza rubia y la abultada mochila desaparecieron en la noche.

Rio miró la luna creciente por encima de su cabeza, y sintió cómo su cuerpo y el fuerte latir de su pulso absorbían el don de la sangre del humano.

Necesitaba esa fuerza porque su noche de caza apenas acababa de empezar.

Rio echó la cabeza hacia atrás e inspiró el aire nocturno a través de sus colmillos y dientes, para que entrara en lo profundo de sus pulmones. Sus sentidos se habían agudizado y buscaban el aroma de su verdadera presa. Ella había estado en ese camino horas atrás, partiendo las ramas al huir presa del miedo. Aquella belleza de pelo rojo no tenía ni idea del secreto que se escondía en la cueva. Ni de la bestia que ella había despertado.

La boca de Rio se curvó en una sonrisa mientras olfateaba el aire del bosque y finalmente registraba el aroma que buscaba. Oisqueó el rastro, la persistente fragancia que ella había dejado. Era un rastro de hacía unas horas, que se extinguía rápidamente con el viento húmedo de la noche, pero Rio podía captarlo de todas formas.

La encontraría.

No importaba lo lejos que escapase.